

FRANTZ FANON (1924-1961) Y EL PENSAMIENTO ANTICOLONIALISTA CONTEMPORÁNEO

MANUEL MALDONADO DENIS**

FRANTZ Fanon representa, en el desarrollo del pensamiento político contemporáneo, un caso singular: dotado de un sólido trasfondo en el estudio psicoanalítico, inmerso en las corrientes existencialistas francesas, militante en la lucha por la liberación nacional de Argelia, expone con agudeza y originalidad el planteamiento radical de los problemas de los "condenados de la tierra", planteamiento hecho, no desde la perspectiva tradicional del europeo colonizador, ni desde el punto de mira de los ideólogos de las potencias imperialistas de Europa y América, sino desde el punto de vista de los que han sufrido en su propia carne la gestión "civilizadora" de las potencias occidentales. Radical es el pensamiento de Fanon porque, como bien dijo Marx, radical es sólo aquel que va a la raíz de las cosas. Y si Marx encontró en el sistema capitalista la raíz de los males de la humanidad en el mundo moderno, Fanon —menos europeo y, por ende, más "nativo" que Marx— verá la deshumanización desde el lugar que le ha correspondido a los pueblos coloniales y neo-coloniales de Asia, Africa y la América Latina: el lugar de pueblos subyugados y explotados por un sistema predicado sobre la superioridad de la tecnología y de la cultura occidentales.

El mundo de Fanon es el Tercer Mundo compuesto por los países que luchan por una independencia real, no meramente formal. Su en-

* Frantz Fanon fue un escritor antillano que participó activamente en la lucha por la independencia de Argelia. Dejó escritos cuatro libros. El primero, *Peau noire, masques blancs* (1952), no he tenido oportunidad de examinarlo. Mi análisis se basa en los tres libros restantes: *Los condenados de la tierra* (1961); *El quinto año de la revolución argelina* (1959); y *Por la revolución africana, escritos políticos* (1964).

** Texto de una conferencia pronunciada el 20 de octubre de 1966 en el Colegio de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico, en Río Piedras, bajo los auspicios del Departamento de Ciencia Política de esta institución. El autor es Catedrático Asociado en Ciencia Política y Director de la *Revista de Ciencias Sociales* de la Universidad de Puerto Rico.

juiciamiento de Europa y de los Estados Unidos es severo: Así nos dirá en *Los Condenados de la Tierra* (México: Fondo de Cultura Económica, 1961, págs. 288, 189), en un mensaje dirigido a sus compañeros africanos:

No perdamos el tiempo en estériles letanías o en mimetismos nauseabundos. Dejémos a esa Europa que no deja de hablar del hombre al mismo tiempo que lo asesina dondequiera que lo encuentra, en todas las esquinas de sus propias calles, en todos los rincones del mundo.

Hace siglos que Europa ha detenido el progreso de los demás hombres y los ha sometido a sus designios y a su gloria; hace siglos que, en nombre de una pretendida "aventura espiritual" ahoga a casi toda la humanidad. Véanla ahora oscilar entre la desintegración atómica y la desintegración espiritual...

Hace dos siglos, una antigua colonia europea decidió imitar a Europa. Lo logró hasta tal punto que los Estados Unidos de América se han convertido en un monstruo donde las taras, las enfermedades y la inhumanidad de Europa ha alcanzado terribles dimensiones...

Occidente ha querido ser una aventura del Espíritu. Y en nombre del Espíritu, del espíritu europeo por supuesto, Europa ha justificado sus crímenes y ha legitimado la esclavitud en la que mantiene a las cuatro quintas partes de la humanidad.

Palabras fuertes éstas, escritas poco antes de la muerte del gran escritor nacido en las Antillas y plenamente identificado con la lucha independentista de Argelia. Pero para alguien que había contemplado y palpado la brutalidad de los "paras" franceses, y que había visto de cerca cómo "la gangrena" carcomía a Francia, tal y como había carcomido antes a otro país considerado como la cumbre de la cultura occidental: Alemania, era una evaluación que sólo servía a manera de justiprecio de lo que los países coloniales debían a Europa. Hoy, cuando la gangrena corroe también a los Estados Unidos en su lucha por Vietnam del Sur, Fanon —que no vivió para ver a Johnson ni para presenciar la invasión de Santo Domingo— hubiese exclamado pesarosamente que sus palabras —duras y poco ceremoniosas— eran quizás términos demasiado sobrios cuando de describir a los portaestandartes de la "espiritualidad" occidental se trataba.

Es conveniente en estos momentos hacer un poco de historia. Recordemos que en lo que se conoce como la cuna de la civilización occidental: Atenas, el sentimiento de superioridad experimentado por sus habitantes frente a los pueblos "bárbaros" que no poseía la cultura griega era el de que debían ser subyugados por la fuerza. No es

otro sino Aristóteles quien aconsejará a Alejandro el Grande que trate a los griegos como hombres libres y a los bárbaros como esclavos, toda vez que estos pueblos no griegos están compuestos de "esclavos por naturaleza". Igual sentido de superioridad frente a los no Romanos mostrarían éstos al venir en contacto con otros pueblos. Cuando, luego de caída Roma y de atravesar Europa por un período de formación que se extiende a través de varios siglos, se plantea la necesidad de las Cruzadas, el clásico argumento de superioridad cultural y racial hace su aparición nuevamente. Con el descubrimiento del Nuevo Mundo y el desarrollo de la economía capitalista Europa se convierte en un emporio comercial y financiero mayormente mediante el despojo y la explotación de los "nativos" habitantes de América. La trata esclavista—fuente sumamente rica y venero de explotación inhumana— se hace siempre sobre la base de la superioridad racial y cultural de los europeos. Así la economía capitalista mundial lleva a cabo la explotación tanto en el nivel interno como en el nivel internacional. Cuando llegamos al siglo XIX las potencias industriales europeas se lanzan a la búsqueda de nuevos mercados por sus productos excedentes, utilizan la mano de obra barata que encuentran en los países afroasiáticos y explotan las materias primas de estas regiones. Como la democracia representativa se iba extendiendo—especialmente en países tales como Inglaterra y los Estados Unidos, ambos países capitalistas avanzados— los ideólogos del sistema se vieron forzados a ofrecer una explicación capaz de racionalizar la discrepancia entre los ideales de libertad e igualdad predicados en Europa y la negación de éstos en lo que a los países coloniales se refería. El argumento usado—tal y como fue expuesto por uno de los más brillantes pensadores liberales: John Stuart Mill— fue en el sentido de que el despotismo era una forma propia de gobierno para aquellos países incapaces de mejorar sus condiciones de existencia "por medio de una libre y equitativa discusión". En otras palabras que para el gran pensador liberal—así como para los que le han seguido en esta línea de razonamiento hasta el día de hoy— hay países que aún no se hallan "maduros" para su libertad. Estos son países que necesitan de la tutela de otros países más avanzados, más avezados en las instituciones de gobierno propio, en suma, más "civilizados". El argumento de la superioridad cultural y racial, aunque no se halle expuesto con el desparpajo de otras épocas, siempre hace su aparición tarde o temprano. Sacúdase a un liberal, podríamos decir, y encontraremos un imperialista disfrazado. Como ideología capitalista, aun la más "avanzada", el liberalismo se muestra a la larga como lo que es: una racionalización del sistema de la libre empresa con todos sus concomitantes.

Lo que Fanon hace en verdad es desenmascarar las falsas pretensiones humanísticas de los intelectuales liberales del Occidente. Recuerdese que su originalidad consiste en trastornarle la partida a los liberales sentándolos en el banquillo de los acusados. Mediante su agudo ingenio los reclamos humanísticos abstractos de los ideólogos liberales suenan huecos y espúreos. Para ello les dispara al talón de Aquiles del sistema que ellos defienden: el colonialismo y el neocolonialismo. Muchos falsos ídolos "caerán en el proceso"...

Refiriéndose al asesinato de Lumumba escribirá Fanon: "La vacilación ante el homicidio jamás ha caracterizado al imperialismo". (*Por la revolución africana, escritos políticos*, México: Fondo de Cultura Económica, 1965, pág. 222). Porque lo cierto es que la preservación del sistema mismo requiere la utilización de estos medios "eficaces" cuando de eliminar obstáculos se trata. A todos los que vivimos en países coloniales y neo-coloniales —y para nosotros es, esencialmente su mensaje— Fanon nos conmina contra la toma de ilusiones respecto al colonialismo. Por eso nos dirá en el libro recién citado lo siguiente:

El fin del régimen colonial, realizado según formas pacíficas y hecho posible por la comprensión del colonialista, podría, en ciertas circunstancias, llegar a la conclusión de una colaboración renovada de las dos naciones. *Pero la historia muestra que ninguna nación colonialista acepta retirarse sin agotar todas sus posibilidades de mantener su posición.* (*Por la revolución africana*, pág. 178).

El uso de la violencia por los colonizados de inmediato escandaliza los círculos liberales de la metrópoli. Los reclamos de la "ingratitude" de la colonia, su recurso al "salvajismo", su antropofagia incluso; en fin, todos esos relatos de atrocidades que inmediatamente propagan las agencias noticiosas al servicio del sistema colonial, son tomadas como señales inequívocas en la metrópoli de que el país no se halla preparado aún para el gobierno propio. Como bien dice Fanon, la insurrección anticolonial —aun en sus primeros momentos— provoca en la opinión metropolitana la evocación del consabido bestiaro, bestiaro que apareja a los sublevados con monos, chimpancés, serpientes, etc., etc. El blanco europeo o norteamericano ve confirmados así todos sus prejuicios raciales; bastará el primer relato sobre los rebeldes congoleños para que de inmediato se invoque en el Occidente el argumento sobre el canibalismo como modalidad africana.

Racismo y colonialismo son dos cosas que marchan de la mano para Fanon. Creo que sería menester, sin embargo, aclarar que para él el racismo no es únicamente la política de "apartheid" de la Unión

de Sudáfrica, sino toda política basada sobre la creencia en la inherente superioridad, no sólo racial "sensu stricto", sino cultural y tecnológica, de unos países sobre otros. En ese sentido el racismo es fuerza motriz fundamental en las relaciones entre los Estados Unidos y la América Latina, toda vez que —dejando a un lado los más obvios aspectos del racismo norteamericano— existe en los círculos más influyentes de Norteamérica la creencia en la superioridad inherente de su forma de vida frente a la forma de vida latinoamericana. De ahí que Fanon nos afirme:

El racismo salta a la vista porque está, precisamente, en un conjunto característico: el de la explotación desvergonzada de un grupo de hombres por otro que ha llegado a un estadio de desarrollo técnico superior. Debido a esto la opresión militar y económica precede la mayor parte del tiempo, hace posible, legitima, al racismo...

Lógicamente no es posible someter a la servidumbre a los hombres sin inferiorizarlos parte por parte. Y el racismo no es más que la explicación emocional, afectiva, algunas veces intelectual, de esta inferiorización...

Así, pues, digámoslo nuevamente, todo grupo colonialista es racista... (*Por la revolución africana*, págs. 45, 48).

El propósito esencial de toda dominación imperialista es la destrucción de la nacionalidad del país colonizado. Dicha destrucción es llevada a cabo por dos medios fundamentales: la asimilación cultural de la colonia a la metrópoli a través de una ofensiva cultural de ésta frente a aquélla, destinada a borrar todo sentido histórico precedente al advenimiento del colonizador, y por medio de la seducción de los intelectuales del país colonizado a través del señuelo de la "civilización occidental". Lo primero es hacer del intelectual "nativo" un buen occidental. Por ende, todo lo autóctono, todo lo tradicional ha de ser visto bajo una luz desfavorable. Una vez creado un sentido de inferioridad en el pueblo colonial el próximo paso es remachar esos sentimientos por medio de la creación de un sentimiento de culpabilidad: nosotros somos los culpables porque somos inferiores, nosotros somos los culpables porque no nos esforzamos lo suficiente tratando de ser "como ellos". Todo lo que ocurrió anteriormente al advenimiento de los colonialistas pasa a ser entonces "prehistoria", balbuceo preliminar e incoherente, puerilidad primitivista.

Cuando esto acontece el colonizado capta gradualmente los verdaderos designios del colonizador. Fanon nos describe admirablemente este proceso en su libro *El quinto año de la revolución argelina*, cuya

versión al inglés ha sido publicada recientemente por la editorial Monthly Review (1965) bajo el título *Studies in a Dying Colonialism*. Aunque basado primordialmente en la experiencia argelina, es claro para el lector que las lecciones derivadas de esa experiencia en resistencial cultural que representó la revolución de Argelia son comunes a otros países coloniales. Como ya he dicho, el colonizador sienta su presencia en el seno del territorio colonizado. Fanon nos describe el proceso de la siguiente manera:

En una primera fase se ha visto al ocupante legitimar su dominación con argumentos científicos y a la "raza inferior" negarse como raza. Ya que ninguna otra solución le es permitida, el grupo social racializado ensaya imitar al opresor y a través de ello desracializarse. La "raza inferior" se niega como raza diferente. Comparte con la "raza superior" las convicciones, doctrinas y otros considerados que le conciernen.

Al asistir a la liquidación de sus sistemas de referencia en el derrumbe de sus esquemas culturales, no le queda al autóctono más que reconocer con el ocupante que "Dios no está de su lado". El opresor, por el carácter global y tremendo de su autoridad, llega a imponer al autóctono nuevas maneras de ser, singularmente un juicio peyorativo en cuanto a sus formas originales de existir.

Este acontecimiento llamado comúnmente enajenación es desde luego muy importante. Se le encuentra en los textos oficiales bajo el nombre de asimilación. (*Por la revolución africana*, pág. 46).

Nótese la primera oración: el opresor legitima sus argumentos por medio de razonamientos científicos. Quizá sería mejor poner la palabra científico entre comillas. Pero no cabe duda de ello: la pseudociencia ha sido un medio adicional con que han contado los colonizadores para justificar su dominación. Se ha hablado del mayor espesor de la corteza cerebral del árabe, del emocionalismo e irracionalismo del negro, de la pereza innata del indio americano. No han faltado biólogos, psicólogos y antropólogos dispuestos a brindarnos sus "teorías" acerca de la inferioridad que es consustancial a estas razas. La ideología, como bien previó Marx en su obra, generalmente sirve como mampara ocultadora de las relaciones de dominación existentes en una sociedad. Demás está decir que los ideólogos del colonialismo invocarán todos estos argumentos pseudo científicos para "probar" la necesidad que tienen los pueblos "inferiores" de ser guiados por los pueblos "superiores".

Acontece, sin embargo, un proceso curioso que marcará la superación en términos dialécticos de la enajenación. Así nos lo describe Fanon:

Al descubrir la inutilidad de su enajenación, la profundización de su despojo, el inferiorizado, después de esta fase de culturación, de extrañamiento, encuentra sus posiciones originales.

El inferiorizado se ata con pasión a esta cultura abandonada, separada, rechazada, menospreciada. Existe una muy clara promesa ilusoria que aparenta psicológicamente el deseo de hacerse perdonar. (*Por la revolución africana*, pág. 49).

En estas circunstancias el colonizado se aferrará con uñas y dientes a lo suyo, a lo autóctono. Cualquier costumbre, cualquier creencia considerada por el colonialista como atrasada o irracional podrá entonces servir como foco de resistencia nacional. En *El Quinto Año de la Revolución Argelina* Fanon nos da un buen ejemplo: el velo de la mujer argelina como reto, como desafío a los colonialistas. Pienso en el caso de Puerto Rico y en el español en cuanto instrumento de resistencia frente a los repetidos intentos de enajenación cultural que padecemos los puertorriqueños. El imperialismo siempre pone sus miras en los puntos neurálgicos de la nacionalidad subyugada. Acabar con nuestro lenguaje sería equivalente a acabar con nuestra cultura. Si no existiese en Puerto Rico una voluntad capaz de resistir los intentos de asimilación de la metrópoli una de las primeras incursiones que habría encontrado asiento en nuestro pueblo hubiese sido la suplantación de nuestra lengua por el inglés. Para Fanon, esta lucha, esta resistencia nacional toma muchas formas, pero está guiada esencialmente por una sola cosa: la liquidación del colonialismo como forma de dominación de un pueblo sobre otro. Como nos dice en su obra maestra *Los condenados de la tierra* (México: Fondo de Cultura Económica, 1963) el auténtico sentido que reviste la descolonización puede resumirse en la frase bíblica: "Los últimos serán los primeros".

Según hemos señalado anteriormente este proceso de descolonización sólo puede lograrse mediante el confrontamiento radical, violento, entre colonizadores y colonizados. Aquellos nunca cederán el poder voluntariamente. La primera tarea del combatiente anticolonial consiste en despejar toda ilusión respecto a los verdaderos designios de las potencias imperialistas. Ello resulta particularmente vigente en aquellos lugares: Argelia en su día, hoy Vietnam, donde las potencias colonialistas se hallan envueltas en una lucha tenaz por aferrarse a un territorio que ellos estiman como de vital importancia económica, estratégica o política. Entonces el colonialismo se quita la careta y se manifiesta en toda su brutalidad. Cuando la lucha se lleva a cabo en este nivel. Fanon nos dice que el mundo colonial se convierte en un "mundo cortado en dos", compartimentizado, "maniqueo". La potencia

colonial no se detendrá ante nada: bombardeos, torturas, napalm, campos de concentración, destrucción de cosechas, defoliación, guerra bacteriológica. Curiosamente esta política colonialista marcha de la mano con el desarrollo de lo que Fanon llama el "bestiario" de los colonialistas: despojados de toda humanidad los combatientes por la liberación nacional serán concebidos como seres infrahumanos, animalizados, como "la quintaesencia del mal". El colonizado responde a la fuerza con la fuerza. "En el plano de los individuos", escribe Fanon en *Los Condenados...*, "la violencia desintoxica. Libera al colonizado de su complejo de inferioridad, de sus actitudes contemplativas o desesperadas. Lo hace intrépido, lo rehabilita ante sus propios ojos".

En sus comienzos la lucha revolucionaria anticolonial será una lucha espontánea, aunque errática. De hecho Fanon señala que a menudo la agresividad hacia el agresor puede canalizarse hacia el grupo interno, dándose el caso de que haya actos de autodestrucción colectiva en luchas tribales o de grupos. El colonialismo intentará explotar estas diferencias y divisiones fomentando rencillas y diferencias entre la población nativa, dividiendo la comunidad, poniendo al argelino frente al argelino. En adición los representantes del poder colonial tratarán de hacer dos cosas: buscar aquellos nativos que estén dispuestos a contemporizar con ellos a cambio de prebendas u "honorres" de diversa índole y, de otra parte, intentarán utilizar al "lumpenproletariat" urbano como fuerza de choque contra el movimiento anticolonial.

La etapa del "culto al espontaneísmo" en el pueblo insurrecto tiene entonces que ceder el paso ante una nueva etapa: la del realismo. Tan pronto como los colonialistas reagrupan sus fuerzas y comienzan su ofensiva la etapa de la organización debe reemplazar la etapa del espontaneísmo. Aquí tiene que comenzar la guerra de guerrillas. Forzoso es, entonces, una vez que la insurrección ha penetrado en las ciudades por "la fracción del campesinado bloqueado en la periferia urbana" (el Lumpenproletariat), organizar al "lumpen" de forma tal que éste no vaya a servir como fuerza mercenaria al servicio de los colonialistas. Como los colonialistas intentarán por todos los medios de romper la unidad nacional será la hora de la "politización de las masas". Se creará entonces una organización revolucionaria cuya fuerza principal de apoyo será el campesinado, pero que aglutinará también al proletariado de las ciudades tanto como a los intelectuales. La politización tiene forzosamente que marchar de la mano con la lucha revolucionaria. Escuchemos a Fanon en un brillante pasaje al respecto:

Con frecuencia se cree, en efecto, con una ligereza criminal, que politizar a las masas es dirigirles episódicamente un gran discurso político. Se piensa que le basta al líder o a un dirigente hablar en tono doctoral de las grandes cosas de la actualidad para cumplir con ese imperioso deber de politización de las masas. Pero politizar es abrir el espíritu, despertar el espíritu, dar a luz el espíritu. Es como, decía Césaire: "inventar almas". Politizar a las masas no es, no puede ser hacer un discurso político. Es dedicarse con todas las fuerzas a hacer comprender a las masas que todo depende de ellas, que si nos estancamos es por su culpa y si avanzamos también es por ellas, que no hay demiurgo, que no hay hombre ilustre y responsable de todo, que el demiurgo es el pueblo y que las manos mágicas no son en definitiva sino las manos del pueblo. (*Los condenados...*, pág. 180).

La tarea urgente de la politización que la revolución acarrea tiene que hacer conscientes a las masas de que no importa las reformas sociales que el colonialismo intente hacer éste "es incapaz de procurar a los pueblos colonizados las condiciones materiales susceptibles de hacerles olvidar sus anhelos de dignidad". Al ser confrontado con la lucha revolucionaria anticolonial el colono cambia de táctica, pone gesto comprensivo, intenta "humanizar su comportamiento". Entonces "el colonizado corre el riesgo de dejarse desarmar por cualquier concesión". Para el colonizado es siempre indispensable la conciencia de que estas concesiones superficiales son meros paliativos. De hecho es obligación de los países imperialistas indemnizar a los países coloniales por los años de explotación que éstos han padecido. No se trata de una dádiva, sino de un deber. Como indica Fanon: "No aceptaremos que la ayuda a los países subdesarrollados sea un programa de 'Hermanas de la Caridad'. Esa ayuda debe ser la consagración de una doble toma de conciencia, toma de conciencia para los colonizados de que las potencias capitalistas *se la deben* y, para estas, de que efectivamente *tienen que pagar*". La oposición al colonialismo y al neocolonialismo concebida por Fanon ha de ser implacable. Notemos su afirmación: "El colonizado puede aceptar una transacción con el colonialismo, pero jamás un compromiso".

Revisten para nosotros singular interés las observaciones que Fanon hace respecto a los partidos nacionalistas así como respecto a las burguesías de los países coloniales.

Fanon considera a los partidos políticos dentro de un sistema colonial como un instrumento de lucha nacionalista. Estos partidos se nutren principalmente del proletariado urbano, especialmente de la "aristocracia obrera" que disfruta en mayor o menor grado de ciertas

ventajas económicas dentro del régimen colonial. El más grave defecto de estos partidos es su desconfianza de las masas rurales, su descuido del campesinado como fuerza revolucionaria. Es sólo cuando el ala insurreccionaria dentro de estos partidos, perseguidos por la policía colonial y enajenados de sus agrupaciones, cobran contacto con el campesinado, que la insurrección toma un cariz realmente definitivo. Fanon no se cansa de repetirlo: sin el apoyo de los campesinos todo intento revolucionario resultará fallido. El campesinado es la espina dorsal de la revolución anticolonial. Los partidos políticos nacionalistas, una vez cumplida su misión, se enfrentarán al siguiente dilema: los colonialistas sólo tolerarán la existencia legal de partidos dóciles a ellos; acatar la vía electoral es acatar la vía propuesta por el régimen. Fanon conmina: el colonialismo nunca cederá pacíficamente el poder, habrá que arrebatárselo por la fuerza del pueblo en armas.

Fanon atribuye "la debilidad clásica de la conciencia nacional" de los países coloniales —debilidad que sólo podrá ser superada mediante la liquidación del sistema colonial mismo— a las perezas y limitaciones —calificativos de Fanon— de la burguesía nacional en los países coloniales.

Escuchemos su descripción de la burguesía nacional en un brillante pasaje:

La burguesía nacional descubre como misión histórica la de servir de intermediario. Como se ve no se trata de una vocación de transformar a la nación, sino prosaicamente de servir de correa de transmisión a un capitalismo reducido al camuflaje y que se cubre ahora con la máscara neocolonialista. La burguesía nacional va a complacerse, sin complejos y muy digna, con el papel de agente de negocios de la burguesía occidental. Ese papel lucrativo, esa función de pequeño gananciero, esa estrechez de visión, esa ausencia de ambición simbolizan la incapacidad de la burguesía nacional para cumplir su papel histórico de burguesía. El aspecto dinámico y de adelantado, el aspecto de inventor y descubridor de mundos que se encuentra en toda burguesía nacional está aquí lamentablemente ausente. En el seno de la burguesía de los países coloniales domina el espíritu de disfrute. Es que en el plano psicológico se identifica a la burguesía occidental cuyas enseñanzas han absorbido. Sigue a la burguesía occidental en su lado negativo y decadente, sin haber franqueado las primeras etapas de exploración e invención que son, en todo caso, un mérito de esa burguesía occidental. En sus inicios, la burguesía nacional de los países coloniales se identifica con la burguesía occidental en sus finales. No debe creerse que quema etapas. En realidad comienza por el final. Ya está en la senectud sin haber conocido ni la petulancia, ni

la intrepidez, ni el voluntarismo de la juventud y la adolescencia. (*Los condenados...*, págs. 139-40).

Lo cierto es, añade nuestro autor, que una vez obtenida la independencia la burguesía nacional intentará crear "su propio sistema nacional de explotación". La revolución anticolonial debe impedirlo por todos los medios. "En los países subdesarrollados la etapa burguesa es imposible" escribe. Una auténtica revolución anticolonial deberá saltar la etapa burguesa: el tránsito hacia el socialismo deberá hacerse—previa nacionalización del sector terciario de la economía—mediante la acción revolucionaria de los campesinos, de los obreros y de los intelectuales. Como bien indica Fanon, es necesario pasar de la conciencia nacional a la "conciencia política y social".

En ese proceso los intelectuales tienen un papel muy importante que realizar. Fanon concibe al intelectual colonizado dialécticamente en tres tiempos diferentes. Oigámosle:

En una primera fase, el intelectual colonizado prueba que ha asimilado la cultura del ocupante. Sus obras corresponden punto por punto a la de sus homólogos metropolitanos. La inspiración es europea y fácilmente pueden ligarse esas obras a una corriente bien definida de la literatura metropolitana. Es el período asimilacionista integral...

En un segundo momento, el colonizado se estremece y decide recordar. Este período de creación corresponde aproximadamente a la reinsertión que acabamos de describir. Pero como el colonizado no está inserto en su pueblo, como mantiene relaciones de exterioridad con su pueblo, se contenta con recordar...

Por último, en un tercer período, llamado de lucha, el colonizado—tras haber intentado perderse en el pueblo, perderse con el pueblo—va por el contrario a sacudir al pueblo. En vez de favorecer el letargo del pueblo se transforma en el que despierta al pueblo. Literatura de combate, literatura revolucionaria, literatura nacional. (*Los condenados...*, págs. 202-203).

El escritor que vive en un país colonial no puede sino poner su pluma al servicio de la lucha anticolonial. Su compromiso con dicha causa es ineludible. Para Fanon: "El hombre colonizado que escribe para su pueblo, cuando utiliza el pasado debe hacerlo con la intención de abrir el futuro, de invitar a la acción, de fundar la esperanza. Pero para asegurar la esperanza, para darle densidad, hay que participar en la acción, comprometerse en cuerpo y alma en la lucha nacional" (*Los condenados...*, pág. 213). Lo contrario es traicionar a su pueblo

y traicionar a su propia vocación. En todo momento el escritor que vive en un país colonial debe ser portavoz de la crítica nacional del sistema que niega a su pueblo y que impide su plena realización como hombre creador. Su mensaje debe ir contra un sistema inicuo e injusto, no contra una raza o un pueblo en particular. Como bien lo indica en *Los condenados de la tierra*, "el racismo, el odio, el resentimiento, el deseo legítimo de venganza no pueden alimentar una guerra de liberación". Por el contrario hay que tener una visión muy clara de lo que es el colonialismo y de las múltiples formas que éste puede tomar en su lucha por perpetuarse. Así, por ejemplo, será respecto a las "concesiones" ofrecidas por los colonialistas a cambio de la "moderación" de las demandas de los anticolonialistas. Escuchemos a Fanon en un pasaje de palpitante actualidad para cualquier país que lucha por su liberación nacional:

Precisamente, las formas brutales de presencia del ocupante pueden desaparecer perfectamente. En realidad, esta desaparición espectacular se revela como un aligeramiento de los gastos del ocupante y una medida positiva contra el despilfarro de fuerzas. Pero esta desaparición será cobrada cara. Exactamente al precio de un encuadramiento más coercitivo del destino del país. Se evocarán ejemplos históricos con ayuda de los cuales el pueblo podrá convencerse de que la mascarada de la concesión, la aplicación del principio de la concesión a todo precio se han saldado en ciertos países por una servidumbre más discreta, pero más total. El pueblo, la totalidad de los militantes, deberán conocer esa ley histórica que estipula que ciertas concesiones son, en realidad, nuevas cadenas. Cuando la labor de clarificación no se ha hecho, sorprende la facilidad con que los dirigentes de ciertos partidos políticos establecen innumerables compromisos con el antiguo colonizador. El colonizado debe convencerse de que el colonialismo no le hace ningún don. Lo que el colonizado obtiene por la lucha política o armada no es el resultado de la buena voluntad o del buen corazón del colono, sino que traduce su imposibilidad para demorar las concesiones. Más aún, el colonizado debe saber que esas concesiones no las hace el colonialismo, sino él mismo. (*Los condenados...*, págs. 130-31).

Para Fanon es principio elemental de la lucha anticolonialista mantener siempre la guardia en alto. Y es necesario mantener en alto dicha guardia aún después de obtenida la independencia. Porque una nueva forma de dominación colonialista mostrará su faz de inmediato: el neocolonialismo. Hay que estar alerta en lo que respecta a la burguesía colonial y sus perspectivas para una alianza con los intereses

tendientes a conservar fundamentalmente intacta la hegemonía de la antigua metrópoli. Hay que cuidarse, nos dice, de las "hipotecas" que los colonialistas tratarán de imponer al país recién liberado.

Los colonialistas jamás se resignarán a perder lo que ellos consideraban como propiedad suya. El nuevo intervencionismo a que habrá de someterse a la nación recién llegada a la independencia irá desde los préstamos leoninos de las agencias "internacionales" hasta la intervención armada "para detener el comunismo". Lo importante en todo caso es alterar *la forma* de ejercer el poder mientras se conserva su sustancia. De ahí que sea perentoria "la segunda independencia" de los países neocoloniales. Los "derechos del antiguo ocupante" serán invocados para que el país neocolonialista "instale de nuevo su guerra en un país independiente". Será ésta una de las "hipotecas" impuestas por el imperialismo a su antigua colonia. Pero hay otra "hipoteca" de aun mayor importancia. Se trata de que, "la reconversión de la economía colonial, las industrias de transformación de las materias primas que provienen de los territorios subdesarrollados, la desaparición del pacto colonial, la competencia con los capitales extranjeros, constituyen un peligro de muerte para el imperialismo" (*Por la revolución africana*, pág. 143). Y debido a la política de dos bloques característica de la guerra fría "no se trata de una casualidad si, detrás de cada reivindicación de un pueblo colonial, se descubre, de manera casi estereotipada, la mano o el ojo de Moscú. Porque toda dificultad presentada contra la supremacía de Occidente en una parcela del mundo es un golpe concreto a su potencia económica, a la extensión de sus bases estratégicas militares, una limitación de su potencial" (*Ibid*, pág. 144). La lucha contra el imperialismo ha de ser tenaz y no admite de compromisos. Le va en ello la independencia a los países recién independizados. De ahí la siguiente advertencia de Fanon:

Todos los países coloniales que emprenden la lucha hoy, deben saber que la independencia política que arrancaron al enemigo contra el mantenimiento de una dependencia económica no es más que un señuelo, que la segunda etapa de la liberación total es necesaria por ser exigida por las masas populares; que esta segunda fase, por ser capital, debe ser dura y manejada con aridez; que, en fin, en esta etapa, será necesario tener en cuenta la estrategia mundial de los bloques, ya que el Occidente se enfrenta, a la vez, con un doble problema: el peligro comunista y la aparición de un tercer bloque neutralista, representado esencialmente por los países subdesarrollados.

El devenir de todo hombre implica hoy relaciones de estrecha dependencia con el resto del Universo. Por esto los pueblos coloniales deben redoblar su vigilancia y su vigor. La aparición de un nuevo humanismo requiere ese precio. Los lobos ya no deben encontrar ovejas aisladas. Es preciso que el imperialismo sea detenido en todas sus tentativas de reforzamiento. Los pueblos lo quieren, el proceso histórico lo exige. (*Ibid*, págs. 146-47).

Forzoso es, en este contexto esbozado por el gran escritor africano, distinguir con claridad a los lobos de las ovejas. Los pueblos deben saber cuál es su verdadero enemigo para no gastar fuerzas y recursos en estériles luchas intestinas.

El mundo subdesarrollado, morada de "los condenados de la tierra" no había tenido nunca un teórico de alto nivel que pusiese en la perspectiva propia del que ha sufrido el colonialismo sus lacras y sus puntos vulnerables. Siempre había sido el objeto del trato condescendiente y paternalista de los ideólogos —a menudo "liberales"— que se limitaban a solicitar más y más "paciencia" y "comprensión" al país colonizado. Este análisis de Fanon demuestra la bancarrota de la ideología liberal en lo que a su comprensión del colonialismo como fenómeno respecta. Vista en términos nacionalistas, la teoría política de Fanon revela el porqué muchos ideólogos liberales en el Occidente ven con aprensión y desconfianza el nacionalismo de los países subdesarrollados. No es para menos: el anti-imperialismo nacionalista pone en peligro la hegemonía del sistema económico que ellos tan inveteradamente defienden; el capitalismo, en las áreas subdesarrolladas del mundo. La toma de conciencia de los países coloniales y neocoloniales es siempre una toma de conciencia frente a los intereses de quienes han pretendido perpetuar el sistema de explotación colonial en pleno siglo XX: los países occidentales, custodios de la civilización "cristiana". Aunque podría decirse, con justicia, que muchas observaciones de Fanon son sólo aplicables a Argelia, su teoría anticolonialista trasciende por mucho el ámbito argelino para insertarse como predicamento de aproximadamente dos terceras partes de la humanidad en el siglo XX.

Su teoría, ya que no Marxista, puede llamarse quizás "populista". Su fe inquebrantable en los pueblos de los países subdesarrollados, pero sobre todo de los campesinos de dichos pueblos, le ponen junto a aquellos teóricos políticos contemporáneos que ven en los "movimientos de liberación nacional" de los pueblos subdesarrollados la punta de lanza que romperá la espina dorsal del sistema imperialista mundial. Cruenta será la lucha y él así lo previó. Pero en el fondo

de su doctrina late la esperanza del militante activo que ve su teoría realizarse en el diario contacto con su pueblo. Su obra quedará como el manifiesto de "los condenados de la tierra", resonando en la conciencia de todos los que hoy libran una lucha denodada por la liberación de sus pueblos.